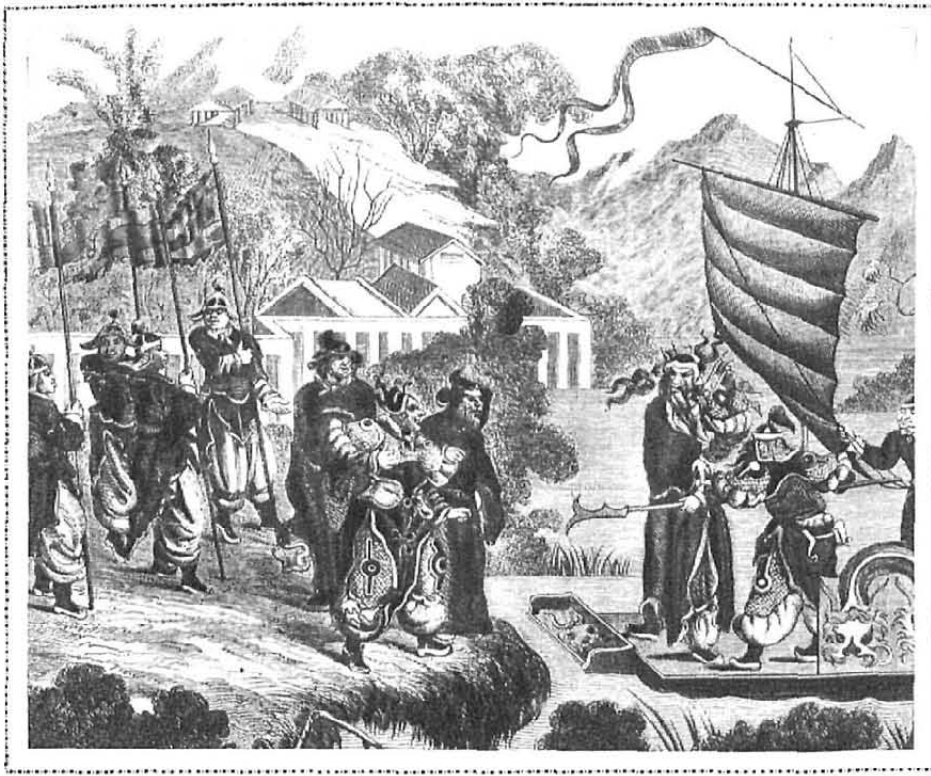


En la
escuela
de
la guerra
civil



Cómo iban los chinos á la guerra á mediados del siglo pasado
(Caricatura publicada en una revista francesa en 1858)

El nuevo
evangelio de
Sun-Yat-Sen
prepara
cincuenta
millones de
combatientes

CADA día, en la lectura de los periódicos, nos fatigan y aburren las noticias que llegan de la remota China. Hace quince años, acaso veinte—que el recuerdo de las fechas se enmaraña y confunde con el de los nombres yuxtamonosilábicos—, China está en guerra. En realidad, con brevísimos intervalos, había estado en guerra todo el pasado siglo... Guerras civiles, rebeliones contra el imperio y contra la unidad del enorme territorio, luchas de razas y de tribus, guerras defensivas contra las captaciones y desembarcos ordenados por Inglaterra, Francia ó Alemania; guerra contra el vecino ruso y, en fin, la grande, la inesperada, la sorprendente revolución de 1912, en que se hunde el imperio milenar y en que á las muchedumbres incontables que se creía fanatizadas, les parece bien que un gran mandarín sustituya al Hijo del Cielo. El bonzo, sin embargo, conservó toda su influencia, todo su dominio, toda su sugestión sobre el pueblo supersticioso.

La República no ha sido la paz. A las repercusiones de la guerra europea, ha seguido una revolución interna, que parece interminable y que, posiblemente, no cesará hasta que la China unitaria se deshaga, como una granada madura, y se convierta en una federación en que la Manchuria, Mongolia y el Tibet completen su significación racial con una plena personalidad política. Adviértase que esta aspiración federal del pueblo surge en todas las revoluciones constitu-

cionales. La aspiración de los hombres directores de todo Estado, residendo desde el comienzo de sus carreras en la capital centralista, formando parte del régimen resquebrajado y hundido, es constituir un nuevo régimen más unido, más fuerte, más grande, aparentemente, al menos. Tal fué el caso de nuestro don Juan Prim ante la revolución de 1868, que puso á su merced la Corona de España.

China, dividida ya en dos partes, en dos dictaduras, en dos repúblicas, continúa su guerra civil y, á la vez, su guerra con los rusos y su guerra con los diplomáticos europeos. Alguien, sin duda, ve con gozo, si es que no la facilita y sugiere, esta terapéutica de la sangría al pueblo, que aquel hombre

de guerra que se llamó Kitchener recomendaba como eficaz tratamiento previo para las naciones que se quería acometer, vencer y dominar.

No haya miedo que la sangría debilite al prolífico pueblo chino; en realidad, todavía hoy no se conoce la cifra de su población: son cuatrocientos, son cuatrocientos cincuenta, son quinientos millones los seres humanos de tez amarilla que hay en el Celeste Imperio. Un viajero que recorre estos días mismos aquel país, Mauricio Larrouy, escribe: «Las estadísticas más inciertas permiten asegurar que la población china crece de cuatro á cinco millones por año...» Esto es, que cada cuatro ó cinco años, el contingente de chinos aumenta en una proporción igual á la población que tiene España. Unid á esto el angustioso problema del Japón, que en un territorio una quinta parte menor que España, encierra cincuenta y cuatro millones de amarillos y aumenta en un millón cada año este contingente.

Sobre aquel pueblo ha surgido en Nankín una familia á la que sus adversarios denominan la «familia dinástica», unos hermanos, unos cuñados que heredan el ejercicio de la dictadura, como en las familias reales se heredan los cetros. La República que surgió en Pekín, hasta Hsin-Chen-Tchang, su cuarto presidente, al menos, conservó el ritmo tradicional chino, la parsimonia en el pensamiento, la lentitud en la acción, la frialdad y la impasibilidad ante la adversidad, el dolor y la muerte. Los dictadores de Nankín, hasta el actual Chang-Kai-Chek que ahogó en sangre la revolución del 28 de Octubre pasado, han dado otra medida del tiempo y de la acción: medida europea, medida japonesa, si queréis; medida de la civilización occidental.

Se está enseñando á China á hacer la guerra, como se hiciera en el centro de Europa. Europa se reía cuando en sus agresiones á China, en 1858, en 1877, en 1882, en 1885, todavía se le oponían tropas armadas de lanzones, acompañadas de dragones espantables, enmascaradas con rostros de fealdad monstruosa. Toda la psicología de aquella credulidad está en la famosa caricatura del desembarco

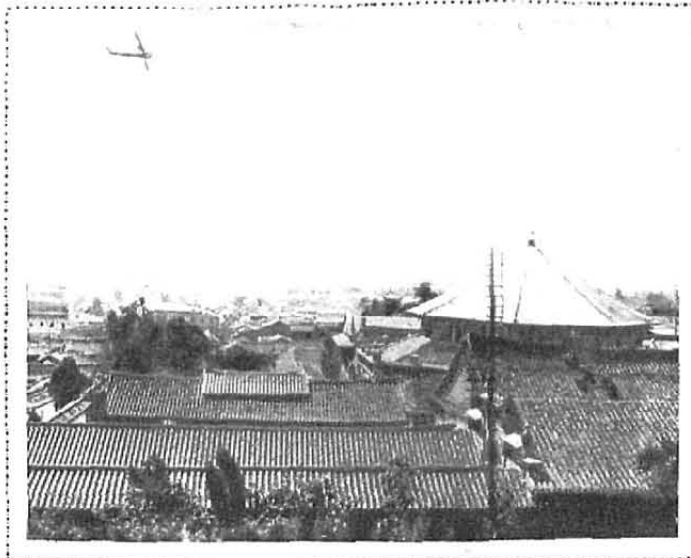


Un vendedor de disfraces bélicos en el nido de piratas de Yunan-fu

de Francia é Inglaterra en 1858, que se hizo famosa en Europa y que puso en ridículo á cuantos en aquella época hablaban ya del peligro amarillo. ¿Qué peligro podía haber en acometer á un pueblo insensible ante la muerte, inconsciente ante el riesgo, infantil ante la visión del porvenir, contagiado en un fanatismo religioso...?

La realidad ha cambiado mucho. Ya no acude el pueblo chino á la guerra con un mandarín, vestido de colorines, dos bonzos conjuradores y cuatro lanceros, como en la caricatura de 1858. Tropas disciplinadas á la europea, con instructores alemanes y rusos, fusiles de repetición y ametralladoras; aviones y tanques; bombas lacrimógenas y nubes artificiales... Y algo más portentoso, más grave aún, que prueba la enorme fuerza misteriosa que la adaptación, la asimilación posee sobre el espíritu humano. El chino letrado, el chino de mediana cultura, como aconteció al japonés, comienza á pensar en europeo. Como un ofidio se desprende de su piel vieja, como un pájaro muda su plumaje, el chino del Norte y el del Sur, el costero del Pacífico y el mongol, el turcomano y el tibetano están despojándose de sus tradiciones, de sus creencias, de sus costumbres.

La civilización occidental no se revela sólo en el lujoso *naçon-lits* que arrastra el tren, cuya posesión disputan los rusos y anhelan los japoneses y los yanquis, ni en la creación de escuelas y Universidades. Ved las mujeres vestidas á la europea, aun en los barrios pobres de Shanghai, de Hong-Kong, de Mukden, de Nankín y de Peiping—que así llaman ahora á Pekín—. Ved las niñas con sus pies normales, no sometidos á la tortura del empequeñecimiento; ved las peluquerías femeninas, como en el mundo de los blancos, y advertid que casi todas las jóvenes llevan los labios y las uñas pintados con



Un avión de bombardeo del ejército chino haciendo prácticas sobre Yunan-ju para intimidar á los piratas



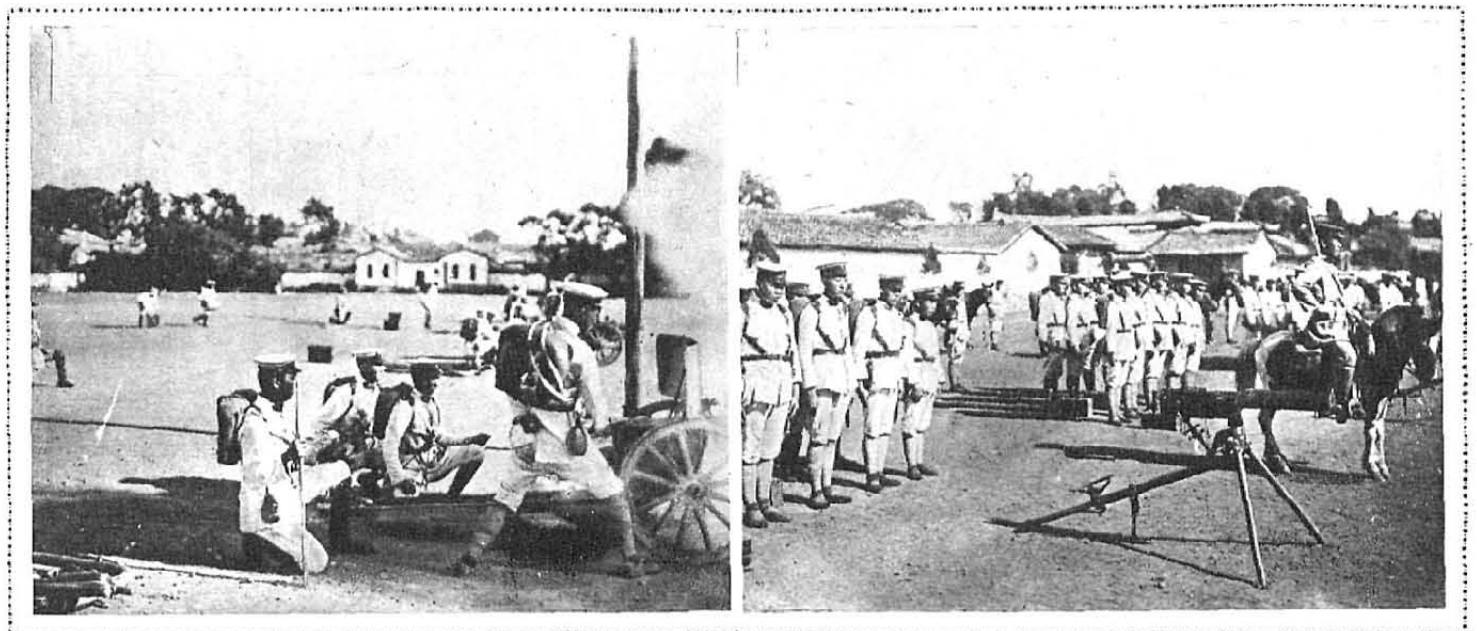
Un bonzo y sus auxiliares en la propaganda de las ideas de Sun-Yat-Sen, el gran reformador chino

el rojo que los yanquis importaron de Europa.

Al lado de esta realidad, ¿qué significa el abandono, el olvido, el desprecio de las doctrinas de Confucio y Mencius, para poner toda fe en el flamante evangelio del reformador Sun-Yat-Sen? Como Lenin representa el triunfo de Moscov, sobre Petersburgo, de la revolución sobre los zares, este reformador chino significa el vencimiento, no ya de una ciudad sobre otra, de un régimen sobre otro, sino la victoria decisiva sobre los siglos pasados. Antes, el emperador era Hijo del Cielo; ahora, el reformador es el Cielo mismo. Todo su saber taumatúrgico y teúrgico se condensó en tres principios, que captaron la infantilidad del pueblo chino: «Por el pueblo; para el pueblo; con el pueblo...» Y eso es todo, y con eso bastó para crear una teología nueva, una religión nueva, una política nueva y despertar en una muchedumbre de cuatrocientos ó quinientos millones de amarillos el afán de una vida nueva... En las afueras de Nankín se ha alzado á Sun-Yat-Sen un soberbio monumento, que tiene tres puertas. Se asciende á la colina, cuya cumbre domina por tres rampas, que conducen á tres escalinatas de blanquísimo mármol. Acuden peregrinaciones de las más remotas regiones; se ve á los fieles temblar cuando pisan aquellos escalones, poseídos de la misma emoción que el musulmán ante el sepulcro del Profeta. Y he aquí cómo la fe se ha hecho nacionalista y espera ganar el cielo empuñando las armas.

El bonzo predica el evangelio nuevo y alista, á la vez, la recluta militar. He aquí cómo China se prepara, no ya para la contienda civil, que es como una escuela, sino para lanzar á la guerra cincuenta millones de combatientes...

DIONISIO PEREZ



Ejercicios de tiro de la artillería ligera, en el nuevo polígono de Yunan-ju

Una sección de ametralladoras del ejército chino, organizado á la europea por instructores alemanes y rusos